Prólogo

“Cuenta una vieja y secreta leyenda que, en la antigüedad, unos poderosos druidas crearon un tomo mágico llamado El Libro del Destino. Solo aquellos cuyo designio fuera entender el significado de aquellas letras, podrían instruirse en el arte de la Antigua Magia Elemental para proteger el Mundo Tierra cuando el momento llegara. Los Sabios serían los protectores de aquel conocimiento sagrado y lo traspasarían a los Elegidos, llamados los Guardianes, a través de los siglos.

Cuando el alma de la sacerdotisa celta, la Araidá, se manifestase, sería la señal para empezar a prepararse, pues una lucha entre distintas fuerzas originarias de diferentes mundos podría hacer peligrar el equilibrio del Mundo Tierra.

Tierra, aire, agua y fuego, buscarían al Espíritu para completar el ciclo...”

Capítulo 1. Dana

“La misión de los Guardianes se heredará de padres a hijos, a sobrinos o descendientes de primos. El Ritual de Traspaso de Poderes se realizará a los dieciséis años por parte de los Sabios. Los futuros Guardianes serán guiados por ellos.”

Dana caminaba con paso rápido por las calles de la ciudad esquivando la lluvia que caía con rabia y maldiciéndose a sí misma por no haberse levantado unos minutos antes. Era un lunes gris y había deseado con fuerza poderse quedar perdida en sus sueños, pero le tocaba turno de mañana en la tienda y tenía que apresurarse para no llegar tarde. La dueña de la librería no era mala persona, pero tenía su genio y no soportaba la impuntualidad, así que Dana prefería ahorrarse una reprimenda. Además, le gustaba aquel trabajo. Lo había conseguido gracias a su abuelo, amigo del hermano de la dueña, la señora Marta, y la verdad era que le había ido muy bien poder combinar sus estudios de Bachillerato con unas cuantas horas en la librería.

Se había matriculado en la universidad para estudiar Historia simplemente porque le gustaba. Aunque también le llamaban la atención la filosofía y la literatura, no tenía nada clara su elección, pero de momento, lo que sí sabía era que quería ir a la universidad. Quizás en un futuro se dedicase a la enseñanza, como su abuelo, profesor retirado de lenguas clásicas, o puede que decidiese cambiar de país... Su destino le parecía una incógnita y no tenía nada claro. Le costaba un mundo decidir, tenía la sensación de que, si se equivocaba, el camino de vuelta sería demasiado largo, aunque su abuela le decía que no se agobiara, que de todas las experiencias se ganaba sabiduría. Dana dudaba entre diferentes opciones, pero se vio apremiada a adoptar una resolución antes de finalizar el curso, por eso se matriculó en los estudios que más le gustaban, aun sin estar segura de haber tomado la opción correcta.

Le costaba mucho tomar decisiones importantes, siempre tenía que sopesar todos los pros y los contras y la inseguridad la acompañaba en el proceso.

Mientras intentaba taparse con la capucha de su cazadora, pensó que el tiempo últimamente se comportaba de manera muy extraña. A inicios de julio aquel frío no era normal. Tormentas feroces surgían de la nada y se acababan tan rápido como habían empezado, las temperaturas pasaban de un extremo al otro en pocos días, una niebla espesa aparecía a veces a media tarde... Se preguntó si todo aquello tendría alguna relación con las muchas catástrofes naturales que habían estado sucediendo en algunos lugares del mundo en los últimos días. Huracanes, terremotos y erupciones volcánicas, eran fenómenos que habían estado ocurriendo en algunos países. Incluso en Barcelona habían tenido algún sobresalto a causa de unos movimientos sísmicos inesperados.

Se vio reflejada en el escaparate de una tienda. Sus cabellos, largos de color miel, estaban mojados y enredados y su rostro, salpicado de pecas, se veía pálido con aquella luz apagada propia de los días nublados. Suspiró ante la visión de su aspecto desmejorado y decidió que necesitaba un café que le devolviese el color a sus mejillas.

Se dirigió a la cafetería del centro cultural de su barrio. Tenía una parte interior con mesitas de madera, un patio exterior rodeado por palmeras y lleno de plantas, e incluso un estanque con una fuente. El ambiente que allí se respiraba era de paz y tranquilidad y siempre veías gente trabajando con sus portátiles, leyendo o charlando en pequeños grupos.

Dana disponía de quince minutos escasos si quería llegar a tiempo al trabajo. Se sentó en una mesa cerca de los grandes ventanales de la cafetería.

—Hola, Dana, ¿qué tal? ¿Un café con leche cómo siempre? — preguntó un chico delgado, con el pelo de punta y una amplia sonrisa.

—Sí, por favor —contestó Dana pensando que realmente necesitaba un café con urgencia, sentía la mente espesa.

Últimamente había tenido unos sueños muy extraños y se despertaba con la sensación de no haber descansado nada. Los sueños parecían muy vívidos y reales, pero no tenían ningún sentido para ella. No eran pesadillas, pero tampoco eran sueños agradables.

Mientras se perdía en su momento de desconexión del mundo, envuelta en el ambiente acogedor de la cafetería, alzó la mirada y le llamó la atención la presencia de un chico que acababa de entrar en el local. Era más bien alto y parecía contar con unos veintitantos años. De piel pálida, tenía el cabello color ceniza y le caía sobre los ojos escondidos detrás de unas gafas de sol. Vestía con un estilo informal y tenía un aspecto muy natural, pero a la vez parecía desprender cierto aire de seguridad en sí mismo.

Había algo en él que hizo que Dana lo mirara durante unos instantes, pero no era nada en concreto, solo una vaga sensación de conocerlo (aunque estaba segura de que nunca lo había visto) y una ligera intuición de que había algo extraño y misterioso en su persona. El chico se sentó, sacó un libro de su mochila y se puso los auriculares para escuchar música. Dana ya no le prestó más atención y siguió con su lectura, pero se vio interrumpida al cabo de un rato. Levantó la vista al notar que alguien se había acercado a ella y vio que era el chico de antes. Sin saber por qué, se puso nerviosa.

—Hola, perdona que te moleste, pero...

La conversación no llegó a iniciarse, un súbito temblor asustó a Dana y a todos los que estaban allí. Los muebles se movieron, los objetos cayeron y el suelo tembló bajo sus pies. Barcelona no era ciudad de terremotos, la gente no estaba preparada para reaccionar ante aquello y empezó a correr entre gritos y pánico. Dana se vio arrastrada hacia la puerta. Los empleados sacaban a todo el mundo a la calle, y ella se preguntó si aquella actuación era realmente la correcta. Buscó al chico, pero no lo vio. Afortunadamente, el incidente no fue a más, duró unos

escasos veinte segundos y, según dijeron en las noticias más tarde, había tenido una magnitud de 4'5 en la escala de Richter.

La semana pasó lenta, sin novedades interesantes. El sábado por la mañana, Dana se levantó soñolienta, otra vez había dormido mal. Refunfuñó al darse cuenta de que se había quedado sin café, el día no empezaba muy bien. Le daba mucha pereza ir a comprarlo y hacerlo, así que le pareció buena idea darse una ducha rápida e ir a desayunar a su cafetería favorita. El tema de la compra era una de las cosas de las que sus compañeros de clase no tenían que preocuparse. Ella se había criado con sus abuelos. Su madre se quedó embarazada cuando era muy joven y nunca quiso decir quién era el padre. Cuando Dana tenía meses su madre decidió dejarla al cuidado de los abuelos y marcharse a vivir a otro continente e iniciar una nueva vida. El contacto entre madre e hija había sido tan distante y escaso que Dana casi no sentía conexión emocional con ella. Pero no le importaba, había tenido una vida feliz en una antigua casa del próspero barrio de Sant Gervasi en Barcelona. Además, también tenía tíos y primos con quien siempre había tenido una estrecha relación, se sentía una persona querida.

Ahora hacía un mes escaso que vivía sola en un pequeño piso en el barrio de Ciutat Vella, el casco antiguo de la ciudad. Su abuela estaba un poco delicada de salud y decidieron marcharse a vivir a Viella, en la Vall d'Aran, ya que ella era originaria de allí y la vida en aquel lugar era más tranquila y sosegada. Vendieron la casa de Sant Gervasi, y se compraron un apartamento en el pueblo de su abuela, en los Pirineos. Pero Dana había preferido quedarse en Barcelona, aunque le gustaba mucho Viella, un sitio del que guardaba buenos recuerdos de su infancia. Fue una difícil decisión y tuvo que esforzarse mucho para convencer a sus abuelos, pues la veían demasiado joven para dejarla vivir a su aire. Finalmente, el hecho de que Dana siempre hubiese

demostrado ser una persona responsable y la promesa de la señora Marta de estar pendiente de ella, ayudaron a la causa. Además, quedaron en que una vez al mes se verían, ya fuese en Barcelona o en Viella, y que de vez en cuando su abuelo iría a Barcelona a pasar unos días con ella y controlar que todo iba bien. También la familia de Elena, la mejor amiga de Dana, se mostró muy dispuesta a ayudarla. Sus abuelos pagarían el alquiler, pero todos los demás gastos correrían de su cuenta.

Había sido como hacerse mayor de repente. Por un lado, le encantaba la nueva libertad, pero por otro, a veces se sentía un poco agobiada con las responsabilidades y echaba de menos la calidez familiar de sus abuelos. En todo caso había sido su decisión y estaba orgullosa de ser capaz de desenvolverse por sí misma, siempre había sido bastante independiente.

Cuando se acercó a la barra de la cafetería a pedir, vislumbró al mismo chico del otro día. Él la saludó con una sonrisa y ella se la devolvió, un poco azorada.

Sus primeros días de vacaciones transcurrieron entre su trabajo en la librería, alguna visita a la playa y momentos compartidos con sus amigos. Dana no tenía muchos amigos, nunca había sido una persona especialmente sociable, sus amistades se podían contar con los dedos de una mano, pero los que tenía eran de plena confianza.

Aquella tarde Dana no trabajaba y no tenía ningún plan especial, pero no le apetecía quedarse en casa en un día soleado y agradable, así que decidió salir a caminar un poco por el centro de la ciudad y acabó en su rincón favorito acompañada de un buen libro. Se sorprendió de que la cafetería estuviese tan llena, pero pudo conseguir una mesa en la terraza. Era un lugar que siempre la relajaba, emplazado en un palacete del siglo XVIII. Además de la cafetería y el jardín, tenía una fantástica biblioteca que guardaba aún el encanto de lo antiguo. Estaba muy concentrada leyendo las últimas noticias, las catástrofes naturales se

sucedían en todo el mundo, y no entendía cómo la gente no estaba más alarmada por ello. Si la situación empeoraba, las cosas se iban a poner muy feas para la raza humana. En las noticias acababan de decir que se esperaba una semana con calor extremo en el Mediterráneo, mientras las lluvias y las inundaciones azotaban el sur del país y un viento huracanado había causado varios destrozos en el noroeste.

Cuando el chico entró en el local, todas las mesas estaban ocupadas, así que se dirigió hacia donde estaba Dana y con una sonrisa encantadora dijo:

—¡Hola! —su voz sonaba suave y clara, pero fuerte—. Siento molestarte, pero me apetece mucho tomarme un café y no hay ninguna mesa libre. ¿Te importaría que compartiéramos esta? Me pondré a leer y no notarás que estoy aquí.

Dana lo miró dudosa. Le pareció un chico atractivo y agradable, pero ella no estaba interesada en conocer a nadie y no tenía ganas de conversar, pero pensó que podía tener un gesto amable y accedió.

—Sí, puedes sentarte —contestó ella.

—Gracias. Por cierto, me llamo Leo, encantado —dijo el chico mientras se sentaba.

—Yo me llamo Dana.

—Un nombre bonito —respondió Leo con una media sonrisa.

—Gracias —dijo Dana un poco aturdida—. El tuyo también está bien —la chica no sabía qué decir, pensó que Leo había pretendido ser amable con ella e intentó ser educada también. El chico rio.

—Bueno, en realidad es Leonardo, pero todo el mundo me llama Leo. Por cierto, ¿es interesante? —preguntó Leo señalando el libro que Dana tenía encima de la mesa.

—Sí, está bastante bien —dijo ella sin levantar los ojos.

—Esta es la segunda parte de la saga, ¿no?

—Sí, y parece que va a ser mejor que la primera —respondió Dana.

—Eso espero, me gustó mucho la anterior. He leído otros libros de esta autora y me parece muy buena —en ese punto el chico captó el interés de Dana.

— ¿Sí? Yo solo he leído un libro de ella. Cuando acabe esta saga me gustaría empezar con los que publicó anteriormente —Dana empezaba animarse a hablar, la lectura era uno de sus temas favoritos, pero no tenía muchas ocasiones para hablar de ello. Sus amigos no compartían su misma pasión por las letras escritas.

La improvisada conversación continuó, ligera e informal, impersonal pero agradable. Leo hablaba con voz amable y sonreía, inspiraba cierta confianza.

—No es habitual encontrar a alguien de nuestra edad que se interese tanto por la literatura. Es muy agradable poder compartir esto con alguien. Mis amigos tienen otros intereses —dijo Leo.

—Me pasa lo mismo. Además, prefiero hacer planes tranquilos y mis amistades son un poco más activas.

—¿Y qué más te gusta hacer? —preguntó él, interesado.

—Me gustaría viajar, pero de momento he podido hacerlo poco. Tengo claro que en un futuro próximo voy a visitar lugares lejanos.

—A mí también me gusta, conocer otras realidades es algo que enriquece el espíritu y, además, es como vivir pequeñas aventuras.

Los dos parecían estar muy a gusto y los minutos iban pasando. Dana pensó que era extraño sentirse tan relajada hablando con alguien que no conocía de nada. De repente se dio cuenta de que era muy tarde y aún tenía mucho que hacer.

—Bueno, Leo, lo siento, pero yo tengo que irme. Supongo que ya nos veremos por aquí —dijo Dana, mirando su reloj.

—No lo dudes —respondió Leo mirándola fijamente— ¡Hasta pronto, pues!

Dana se fue preguntándose si realmente se volverían a ver alguna vez.

Después de aquel día, se encontraron casualmente en la cafetería un par de veces más, y en las dos ocasiones acabaron hablando delante de un café. De hecho, cada vez que Dana iba por allí (y cada vez iba más a menudo) tenía la ilusión oculta de coincidir con Leo. Era un chico interesante, inteligente y atento, y la conversación con él resultaba estimulante. Además, también trabajaba en una librería, otra cosa que los unía.

A veces pasaba una semana sin que coincidieran, a veces coincidían dos días seguidos, pero nunca intercambiaron números de teléfono o e-mails, era como si los dos tuvieran la certeza de que seguirían encontrándose. También las conversaciones se hacían cada vez más personales. Dana no tenía claro exactamente qué tipo de vínculo estaba creando con Leo, pero sabía que existía algo entre ellos.

—¿Nunca te he hablado de mis compañeros de piso? —le preguntó en una de sus conversaciones.

—No, me acordaría —contestó ella.

—Pues somos cuatro. Aunque seamos bastante diferentes, tenemos muchas cosas en común y creo que te gustarían, son muy majos y de confianza, deberías venir un día y conocerlos. Igual que a nosotros, a ellos también les interesan mucho los libros y el cine, surgirían conversaciones interesantes ¿Qué te parece si me das tu número y te paso nuestra dirección por WhatsApp? —A Dana el corazón le empezó a latir rápido, aquello era un paso más allá en su extraña relación.

—Claro, pero te advierto que no se me da muy bien socializar.

—No te preocupes, a ellos tampoco —rio Leo—. Bueno, excepto a Gerard. Yo te aviso cuando coincidamos los cuatro y tú vienes cuando quieras —Leo la miró expectante—. De verdad que me gustaría.

Dana se dio cuenta que era la primera vez que le veía los ojos, ya que casi siempre llevaba gafas de sol. Eran verdes, de un color muy claro. Le parecieron intensos y le gustaron.

No sabía qué decir, encontrarse por casualidad era una cosa, pero quedar intencionadamente y además con otra gente que no conocía de nada, ya se convertía en una situación diferente. Una sensación de recelo la alertó, había algo en aquella situación que era demasiado precipitado. Por otro lado, tenía ganas de volver a ver a Leo, y aquella especie de ligera atracción repentina también la asustaba un poco.

—Entiendo que te dé un poco de corte, si lo prefieres, quedamos primero tú y yo y luego te presento al resto, ¿qué te parece? No quiero ser insistente, pero me gustaría verte en algún lugar diferente a esta cafetería —dijo Leo con media sonrisa. Dana se sonrojó.

—Vale, prometo ir alguna vez.

—Te tomo la palabra.